

Homero Aridjis

1940

Construyo tu balanza

Construyo tu balanza
en la sequedad de mi costado
en la cabeza inútil del bárbaro en mis manos
en los trigos y en las distancias
en las riberas donde la Segunda Persona
te cumple y te promete.

Construyo tu alabanza
en la fuente de vida donde accionas
en el ave sucia
en los ojos que te sobreviven
en la soledad del junco y el asfodelo
en las paredes juntas y distantes.

Construyo tu alabanza
en el rostro de los tráfugas
en los que murieron antes de alcanzar un rostro
en los asesinos de seres posibles.

Construyo tu alabanza
en palabras como puertas
en ventanas y símbolos y desafecciones
en la noche que se prolonga
para conceder el alba.

Putas en el templo

A André P. de Mandiargues

Llegaron una mañana de septiembre
cuando ya se habían ido los turistas
En los cuartos arruinados abrieron sus maletas
se cambiaron los vestidos
y por un momento desnudas frente al templo
fueron aire carnalizado
Las golondrinas huyeron de sus cuerpos
al entrar ellas en el recinto oscuro
y sus voces gárrulas sonaron en los muros
como el ave más trémula en la tarde
Al ponerse el sol los hombres de los pueblos
vinieron a buscarlas
e hicieron el amor con ellas en camas plegadizas
que parecía iban a caer sobre las piedras
y después en la noche
A lo lejos se oyeron los perros los árboles
los hombres la pirámide y el llano
cantar el mismo murmullo de la vida
Y por semanas bebieron y amaron en la ciudad antigua
atravesando al moverse fantasmas y perros de la muerte
hasta que una mañana la policía vino a arrestarlas
en un coche viejo
y se fueron de Uxmal bajo la lluvia.

(Poetas nacidos entre 1943 y 1956)

Desde la visión rápida e inmediata de un viaje en pleno vuelo que necesariamente impone tratar de saber qué es lo que ocurre en la actualidad, salta a la vista el estado de agitación de la nueva poesía en México. En contra de la mutilación económica y política de la realidad, el sentido de movimiento de los nuevos poetas expresa una salud y una inteligencia, si no siempre evidentes, sí con una voluntad decidida; además, nos enseña la operación sincrónica de un juego de diferencias y semejanzas entre poéticas distintas y hasta contradictorias. Está en marcha un discurso inclusivo de la diversidad de los lenguajes alejado de la militancia que casi siempre enarboló una retórica combativa. En unos casos prevalece un principio radical de analogía que va de las acumulaciones del barroco a la asociación proliferante de una cierta inventiva que podríamos relacionar con la libertad surrealista o con el interés metalógico de la poesía del lenguaje; en otros, este principio analógico actúa en el carril opuesto por reducción a los giros del habla tanto coloquial como dialógica; y en otro más, domina algo como un imagismo espontáneo alerta contra el peligro de los símbolos pero abierto al poder del concepto en la búsqueda de una nueva concreción. Observamos un movimiento oscilatorio entre la imagen única y la imagen fragmentada; asimismo vemos una alternancia entre la prosa y el verso. Las soluciones intermedias son varias y pueden ser intercambiadas en el tiempo. De alguna manera, presenciamos la escenificación de una pugna entre los «analistas» y los «sintéticos»; pugna que viene desde los Contemporáneos y que podemos reconocer en las diferencias existentes entre el complejo tejido en espiral de *Muerte sin fin* de José Gorostiza y las diáfanos construcciones concéntricas de *Colores en el mar* de Carlos Pellicer. Esta contradicción ha cobrado en los últimos años una agudeza mayor con la elaboración de textos donde la estética del fragmen-

to desintegra las representaciones de un yo ingenuo o donde, por el contrario, una estética más de carácter dramático que biográfico crea las acciones y los personajes de una historia común. También es visible en el ejercicio de una poesía de sujeto sin protagonismo sentimental o épico, pero que cuestiona el vacío generado por la dispersión del texto. Es curioso notar que por caminos diversos estas posturas pueden multiplicar el número de voces que resuenan en el interior del poema o reducirlas a una voz omnipresente. Quizás en esta poesía de creación de personajes y en la búsqueda intensa de la realidad inmediata sea donde podamos localizar algunos de los rasgos específicos de la nueva generación. El peligro los acecha a todos. A unos, la búsqueda de la unidad los puede llevar a caer en una armonía decimonónica con todo y la superchería de los arcanos; a otros, el encandilamiento con la idea de la «craquelación» los puede agarrar desequilibrados en una mini-ideología verbosa y oracular. Hay peligro. También hay recompensas. Nos encontramos con poemas cuyo exceso verbal nos deja admirar paisajes reales de lugares apartados que no conocíamos y hay poemas donde la concisión o una aparente ingenuidad revelan una inteligencia y una moral. Desde la declaración de Ramón López Velarde de que la vida sentimental había sido transformada a ecuaciones psicológicas, es difícil no tomarse el tiempo al perseguir una forma que busca su estilo. Es importante señalar que la nueva poesía en México no puede ser comprendida sin la presencia de poetas que no son de México pero que tienen una fuerte presencia (editorial, universitaria, crítica) en la nueva poesía mexicana. Ellos son: el brasileño Horacio Costa, el peruano Antonio Cisneros, el cubano Orlando González Esteva, el italiano Valerio Magrelli, el uruguayo Eduardo Milán, el argentino Néstor Perlongher y otro puñado más que, junto con la acción directa de la poesía norteamericana, están cambiando el perfil de la poesía mexicana. También es importante señalar que en los últimos años los trabajos de traducción como de edición realizados por los propios nuevos poetas han modificado el horizonte de lecturas. Para escoger a los autores que están en esta selección tomamos como referencia objetiva su inclusión en las principales antologías y su participación en las publicaciones más importantes del país. Asimismo, tomamos en cuenta que la crítica ha valorado su escritura y que muchos de ellos han recibido diversos reconocimientos. Todos han elaborado, en mayor o menor medida, un tono propio que rebasa el plano general de pertenecer a una o a otra estética. Es muy difícil hacer un corte. ¿Dónde comienza una generación? ¿Dónde termina? En el balance crítico de una obra ¿debemos considerar la unidad de uno o varios libros o sólo los buenos poemas? En este momento están en pleno desarrollo varios autores que pertenecen al período 1943-1956 y que podrían inte-

grarse el panorama que aquí ofrecemos. Algunos de ellos son Eduardo Langagne, Eduardo Hurtado y Adolfo Castañón. Quizás éste sea también el caso de Gabriel Magaña. Seguramente alguien dirá que faltan algunos. Tendrá razón. Esta selección está limitada por el gusto, inevitablemente arbitrario, la cuenta descendente del tiempo y, desde luego, el espacio reducido que ha establecido el editor.

Gloria Gervitz

1943

Shajarit*

En las migraciones de los claveles rojos donde revientan cantos
de aves picudas
y se pudren las manzanas antes del desastre,
Ahí donde las mujeres se palpan los senos y se tocan el sexo
en el sudor de los polvos de arroz y de la hora del té.
Flujo de enredaderas a través de lo que siempre es lo mismo,
Ciudades atravesadas por el pensamiento
Miércoles de ceniza. La vieja nana nos mira a través de un haz de
luz,
respiran estanques de sombras. Lluve morados casi rojos.
Arriba es abajo?
Estamos en la fragilidad de la corteza del otoño.
En el parque rectangular
en la canícula cuando los colores claros son los más conmovedores,
Antes del Año Nuevo Judío.

Tenue locura de los navíos de carey, olvidadas plegarias, ásperas.
Nacen vientos levemente aclarados por la oración, bosques
de pirules.
Y mi abuela tocaba siempre la misma sonata,
Una niña toma una nieve de limón en la esquina de una calle
soleada.
Un hombre lee un periódico mientras espera el camión.
Se fractura la luz,
una pareja de mediana edad todavía se atreve a tomarse
de la mano.

* Fragmento.

Y la ropa está tendida al sol. Impenetrable la sonda de la abuela.
Tu dijiste que era el verano. Oh música estrujada por los muebles.
Y la invasión de las albas, y la invasión de los verdes intensos.
Abajo, gritos de niños que juegan, vendedores de nueces,
respiración de rosas amarillas. Y mi abuela me dijo a la salida
del cine,
sueña que es hermoso el sueño de la vida, muchacho.
En el vértigo de la oración de Kol Nidrei antes de comenzar el
gran ayuno,
En los vapores azules de las sinagogas.
Después y antes de Rosh Hashaná
En el color blanco de la lluvia en la Plaza del Carmen,
Mi abuela rezando el rosario de las cinco y tus oscuros
antiquísimos ojos
niña de siempre. El eco del Shofar abre el año.

En la vertiente de las ausencias al noroeste,
En el estupor desembocan las palabras, los afectos, la saliva y
los insomnios
y más hacia el este me masturbo pensando en ti.
Hoy martes. Unos cuantos mares claros convulsos de su propia
belleza,
El color y el tiempo de las bugambilias son para ti. El polen quedó
en mis dedos.
Los chillidos de las gaviotas. El amanecer. Las espumas en el
azoro del ala.
Apriétame. Madura el olor de la lluvia, la infancia insípida de
tu olor
de violetas ácidas y fiebradas por el polvo
Y el frescor está en las distancias, en tu vulva,
Hay la vida después de los insomnios,
las palabras incontestables que no son más que una oración larga,
una forma extraña de locura después de la locura,
las jaulas donde se encierran los perfumes, las alegrías
interminables,
la voluptuosidad de nacer una vez y otra, éxtasis inmóvil.
Muévete más. Más.
Pido mucho. Eres más bella, más aterradora que la noche
Me dueles.
Alcobas grasientas, fotografías casi despintadas por la
fermentación del silencio,
corredores abiertos.

Francisco Hernández

1946

Cuaderno de Borneo*

I

A la sombra de un helecho gigante, una mujer sin dientes
quita piojos a una niña con los ojos llenos de nubes.
Dos niños esperan su turno. Me siento junto a ellos y aguardo
las manos de la espulgadora.
No tengo piojos, pero no se puede viajar hacia la muerte sin caricias.

2

Me gusta esta quietud. Es ensordecedora. Los insectos han
tomado por bosque mi cabeza.
Las cosas guardan en su interior un ruido. No hay nada que
no suene en todo el universo.
La brisa aún no descubre los sonidos recónditos del oro.
Tu nombre: oro molido en las balanzas del silencio.

* Fragmento.

Elsa Cross

1946

Canto malabar

I

La tarde entera se vencía al paso del viento.
Como arcos se doblaban los árboles
y una flecha imprevista me daba al corazón.
Deambulé por aquellas calzadas
donde tanta vida cimentaron tus pasos.
El viento alzaba tolveneras en medio de los campos,
trastornando a esos pájaros rojos,
borrando campamentos de insectos en las grietas.
La tierra pone polvo en mis labios —su ofrenda.
Y mi ofrenda a las estatuas que guardan el camino
¿sólo palabras?

Estaba junto al baniano
aquella tarde en que el zureo de las tórtolas
volvía insoportable tanta belleza.
La noche iba entrando a tus jardines.
Estaba junto a la estatua de Yama, Señor de la Muerte,
montando su búfalo negro mientras Savitri
le arrebatava con argumentos la vida de su amado.
Tanta belleza a punto de morir.
Te vi por última vez allí, desde el baniano.
Inmenso como era el viento lo había descuajado
y las ramas que cayeron a tierra echaron raíces.

¿Adónde van los sueños cuando uno despierta?
Silencio a media voz, disipación de tiempo—
la muerte, indecisa:
un murmullo que cruza en el estanque.
Tus brazos me rodean entre el sueño.
Tus brazos se disuelven en la nada.
Como árbol arrancado de un sedimento pobre.
Y en todas partes abundancia, vidas en flor.
Discurrir de insectos, zumbidos de abejas,
tus mieles que me ahogan.

Sin que lo sepa aún, envuelta en tu éxtasis
despierto, y tú te vas hundiendo en el silencio,
como esas capas de luz a punto de borrarse
fulguran todavía entre sus oros
antes de ir desertando la montaña,
la charca, el río, el campo abierto.
Sin saber en qué orilla del sueño, oigo a la vez
«dejó su cuerpo» —y los cantos a lo lejos.
Todo se detiene en tu silencio.
En mí tu imagen, ungida como una estatua,
tu mirada vuelta al infinito.

¿Quién despertó hacia qué? ¿Quién era el que soñaba?
La luz abrió en el tiempo una ráfaga oscura;
jugaba en los párpados.
La luna entera se derramó sobre el campo.
Y esa agua sobre la almohada como ambrosía,
pues al tiempo en que te duermes para siempre
despierto con un jugo muy dulce entre los labios,
exaltada en un gozo que fulgura en mi cabeza,
se enciende en mi espalda como anguilas.
Afuera la luna llena, músicas perdidas.
Tus ojos desde el fondo de una noche sin pausa.